

DOMINGO III DEL TIEMPO ORDINARIO (CICLO A)

Nos dice el evangelio: «Entonces comenzó Jesús a predicar diciendo: "Convertíos, porque está cerca el reino de los cielos"». Jesús anuncia el Evangelio del Reino y manifiesta su cercanía curando enfermedades y expulsando demonios. De hecho, discutiendo con los fariseos, les dirá que si obra milagros es porque el reino de Dios ya está presente. El Reino de los cielos se opone al reino del dominio del mal.

El Reino de los cielos es donde habita Dios, donde Él está presente. Dice Jesús que el Reino está cerca, porque Jesús está cerca. Lo que hace falta es entrar en su Reino. Tú entras en su Reino cuando aceptas a Jesús como el Rey de tu vida, cuando Jesús es lo más importante en tu corazón.

Dice la Escritura: «El pueblo que caminaba en tinieblas vio una luz grande; habitaban tierras de sombras, y una luz les brilló». Jesús es esa luz que viene a iluminar. El pueblo que camina en tinieblas somos tú y yo, y las tinieblas están en nuestro corazón, porque ahí es donde están nuestros pecados, nuestros miedos, decepciones, soberbias, juicios, críticas, envidias, etc.

Por eso Jesús empieza diciendo: "Convertíos". Podemos pensar que convertirse es cambiar de vida, hacer las cosas de diferente manera, dejar de pecar. Claro que esto es importante, pero esto no es lo primero. Si no sigo los pasos acertadamente, me podré convertir en apariencia, pero no verdad. Convertirse es un trabajo que se debe hacer desde el corazón, desde las entrañas más profundas de uno mismo.

Lo primero es aceptar a Jesús en mi corazón. Confianza total en Él, que me ama infinitamente, y que viene a mí con el fuego de su amor. Abandonarme a Él.

Lo segundo es dejar que me ilumine. Eso quiere decir dejar que Jesús me haga ver claramente cuáles son las tinieblas concretas que tengo en mi corazón, las heridas de mi alma, lo que realmente pienso, lo que realmente siento, sin mentirme a mí mismo ni disimular. Sin miedo ni falsas vergüenzas. Mis miserias son las que son: sensualidades, soberbias, envidias, odios, rencores... Reconocer mi verdadera realidad interior. A Dios no le puedo engañar.

Lo tercero, dejar que me sane. A veces me hago una idea de mí mismo de lo que quisiera ser, para poder merecer mejor el amor de Dios. Eso es soberbia, porque el amor de Dios no se puede merecer. Dios no puede amar ideas ni deseos. Dios ama realidades. Hasta que no acepte que Dios me quiere en mi realidad tal como soy, no me podrá sanar, no me dejaré sanar. Y como dice muy bien la canción, "todos mis pecados arden en el fuego de tu Amor".

Y luego, en último lugar, vendrá solito y casi sin esfuerzo el cambio de vida, porque habrá entrado la fuerza de la gracia de Dios en mi corazón.

Ahora comulgaremos a Jesús. Con humildad y confianza en la gracia de Dios, pidamos por la intercesión de María, la conversión del corazón.